



**Carlos Valenzuela Solís de Ovando**

## **La Compañía de Jesús en la colonia**

La víspera de la llegada del nuevo año de 1765, estuvo marcada por una curiosidad expectante de toda la población santiaguina. Caballeros y damas de copete, funcionarios secundones, criados negros con libreas verdes, tropeles de chiquillos, gran cantidad de «rotos» y muchos huasos venidos desde el campo, todos esperaban anhelantes las doce de la noche, hora en que el recién instalado reloj en la iglesia de la Compañía, marcaría el término del año que se iba y el inicio del que llegaba.

A medida que el momento se acercaba, aumentaba el nerviosismo. Hasta la fecha, los santiaguinos calculaban las horas por el sol o por los campanazos de la torre de Santo Domingo, en cuya sacristía los padres habían instalado un pequeño reloj. A su servicio estaba un «mocho» que era el encargado de tocar las campanas justo a cada hora.

Esto de un reloj inmenso colocado en lo alto de la torre, con horarios y minutereros que cualquiera podía consultar desde lejos, y con un mecanismo mágico que le hacía dar las horas por sí solo, era un acontecimiento que no todos se acertaban a explicar. Por eso, cuando justo a las doce se escuchó la primera campanada, algunas señoras se desmayaron, las beatas se santiguaron, los negros se pusieron blancos y hasta los chiquillos y perros callaron. Los doce toques parecieron larguísimos y más de alguno

pensó que podía venir un nuevo terremoto.

El grandioso instrumento de 2,50 mts. de diámetro era obra del hermano relojero Pedro Roetz, coadjutor de la Compañía de Jesús, que había demorado trece años en fabricarlo. Dos enormes pesas colgaban de sendas cadenas: una daba movimiento a la maquinaria del reloj, y la otra a la combinación de campanas con que tocaba las horas, las medias y los cuartos. La esquila de las horas se llamaba «la Angélica» y pesaba diez quintales; la de los cuartos, «la Dolores» que llegaba a siete. Las cuatro esferas dominaban Santiago.

Fue tan cuidadosa su fabricación, que jamás se descompuso durante los setenta y seis años que marcó las horas con admirable precisión. Sólo dejó de funcionar cuando las llamas del incendio de 1841 lo derrumbaron desde su alto sitio. Y fue tan noble, que tocó hasta antes de caer.

En 1722 arribó a Chile un brillante jesuita alemán, que en su anterior vida laica había sido Herr Karl von Haymhausen, hijo segundo de los condes de Flainhausen, de Baviera, emparentados con la casa real de Austria. De meteórica carrera en Europa, no valieron los ruegos de sus condiscípulos ni las influencias de su familia, para hacerle desistir de su propósito de venirse a Chile. Aquí fue un talentoso orador y ejerció la cátedra de Teología Dogmática. Al poco tiempo fue designado Procurador General de la Compañía, y en esa calidad debió trasladarse a Roma en un viaje que le tomó cerca de siete años. Su principal tarea era traer a Chile los elementos que estimara necesarios para el progreso de la Orden.

Los procuradores que anteriormente habían ido a Europa con el mismo encargo, se habían dedicado a reunir eminentes sabios, humanistas y teólogos. Pero el padre Haymhausen quería traer ahora artesanos, los mejores que encontrara, pues opinaba que en Chile había exceso de sabios y faltaban buenos artífices.

Recorriendo diferentes países reunió cuarenta «hermanos coadjutores», entre los que venían tres plateros, cuatro fundidores, dos relojeros, siete pintores, dos escultores, cinco ebanistas, seis carpinteros, tres boticarios, cinco tejedores y tres bataneros, todos ellos artistas consumados, que iniciarían una nueva era en el arte y la industria nacionales. Los tesoros que ellos dejaron, aún pueden admirarse en la Catedral de Santiago y otros lugares.

El reloj de la Compañía no fue la única obra del padre Roetz. Mientras trabajaba en él, profundizó sus estudios matemáticos para construir dos relojes más, gemelos, que aparte de dar las horas y los cuartos, indicaban las fases de la luna, la elíptica del sol y el movimiento de todos los satélites de nuestro sistema planetario.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

